







TRUMAN CAPOTE

Gerald Clarke



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile





Título original: *Truman Capote. A Biography*

Traducción: Víctor Pozanco

1.ª edición: enero 2006

© 1988 by Gerald Clarke

© Ediciones B, S.A., 2006

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 84-666-2081-8

Depósito legal: B. 49.566-2005

Impreso por ROMANYÀ VALLS, S.A.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.





TRUMAN CAPOTE

Gerald Clarke

Traducción de Víctor Pozanco





*a L. A. S.
por su fe y fortaleza*







Aquí está el incomparable T. C. Nunca hubo nadie
como yo, y no habrá nadie como yo cuando yo me vaya.

TRUMAN CAPOTE,
en una conversación de junio de 1984

Y sólo escribí, la mitad de lo que vi...

Cita de MARCO POLO,
sacada de una revista
y encontrada entre los papeles
de Truman Capote





PRIMERA PARTE







1

En aquel tiempo la gente andaba por allí con mayor lentitud, y Arch, que hacía justo lo contrario, pudo haber sido tomado fácilmente por un yanqui. Pavoneándose por la calle en aquella tarde de abril, sin aflojar el paso más que para quitarse el sombrero ante las conocidas, parecía caminar más deprisa, hablar más deprisa y pensar más deprisa que cualquier otro en Troy, y hasta puede que cualquier otro en todo Alabama. Pero entonces Arch era un joven con ambiciones, y el día que conoció a Lillie Mae, como casi todos los días, estaba trabajando en un asunto que podía encaminarlo hacia la riqueza.

Se cruzaron en la calle East Three Notch, justo enfrente del Edificio Folmar, y Arch, que creía conocer a todas las muchachas atractivas de la ciudad, se topó con la joven más bonita que jamás había visto: menuda, de poco más de 1,60 m, con el pelo rubio oscuro y los ojos como el buen *bourbon*. «Un poco más y me muero», recordaría él después. Y, sin dudarlo ni un segundo, se dio la vuelta y la siguió. Cuando la vio entrar en la farmacia McLeod, la aguardó fuera nervioso, deseoso de iniciar una conversación pero sin saber por primera vez en su vida, qué decir ni cómo decirlo. Aún lo estaba pensando cuando ella salió y le solucionó el problema.

—¿Qué hay, Arch Persons? —dijo ella—, ¿qué tal está Bill McCorvey?

Pues Bill McCorvey era un viejo amigo de Arch, de Monroeville, un pueblecito agrícola situado al oeste, y Lillie Mae, que era de allí, recurrió a aquel nombre para insinuarle a Arch que lo conocía aunque él no supiese quién era ella.

—Te conozco, encanto —mintió él—, pero no recuerdo tu nombre.





—Soy Lillie Mae Faulk —repuso ella.

A partir de ahí, Arch ya no tuvo problemas para saber qué decir. La acompañó hasta su pabellón (ella estaba en primer año en la Normal) y volvió después de cenar para hablar un poco más con ella en el salón. Su conversación se olvidó hace tiempo, pero Arch, que llevaba unas gafas con cristales como culos de botella, que tenía un pelo rubio que ya clareaba, y que no era realmente un hombre guapo, debió de desplegar con ella sus otros encantos, como hacía con casi todas las demás, porque, cuando partió hacia Colorado al día siguiente, para una de sus expediciones dinerarias, ella le prometió escribirle.

Lillie era una mujer de palabra. Se escribieron casi cada día, y cuando él volvió a Alabama a finales del verano, con el camino hacia la riqueza aún por descubrir, se fue derecho hacia Monroeville y hacia Lillie Mae. Reanudaron su galanteo donde las cartas lo habían dejado, y tras entrar un momento al Juzgado a recoger una licencia de matrimonio de manos del juez Fountain, se casaron poco después: el 23 de agosto de 1923. A Arch le faltaban menos de dos semanas para cumplir los veintiséis, y Lillie Mae tenía diecisiete.

La madre de Lillie, que era viuda, había muerto cuatro años antes, dejando una saneada hacienda a sus cinco hijos, y desde entonces todos ellos, salvo uno, habían vivido con sus primos maternos, tres solteronas y un hermano solterón. La boda se celebró en su casa de la avenida de Alabama. Gigantescos helechos se alineaban frente a la entrada; Mrs. Lee, la vecina de al lado, tocó el piano y el ministro baptista leyó los votos. El día era típico de aquel mes tropical, con un bochorno que hacía que los hombres no soportasen los cuellos, ni las mujeres sus agobiantes corsés, y todos invadieron el comedor después de la ceremonia para refrescarse con limonada antes de probar el pastel de bodas. Cuando a la feliz pareja le llegó el momento de partir, Mr. Wiggins, el «manitas» local, los llevó en coche hasta Atmore, que estaba a más de sesenta kilómetros y que era el apeadero más próximo de los Ferrocarriles Louisville and Nashville. Allí, llenos de moral y de esperanza subieron al tren para pasar su luna de miel en la Gulf Coast. Sin embargo, para Lillie Mae la decepción estaba tan cercana como el final del viaje. Corto de fondos, como casi siempre, Arch pasó de largo frente a los grandes hoteles de blancas calas que salpicaban el Golfo y la llevó a cambio a una pensión junto a Gulfport, Mississippi, cuyo propietario, un viejo conocido de sus negocios, le había





ofrecido hacerle descuento. Pasaron allí más o menos una semana y luego se fueron a Nueva Orleans, en donde estuvieron otros pocos días hasta que se produjo una decepción aún mayor: Arch se quedó sin dinero y su luna de miel dio el patinazo definitivo.

Mientras él se quedaba en la retaguardia tratando de conseguir algo suelto, puso a Lillie de nuevo en el tren y la mandó a su casa de Monroeville, avisando a su custodio, su prima Jennie Faulk, para que fuese a recogerla a Atmore. No le dijo nada a Jennie, que era famosa por su feroz temperamento, de que estaba sin cinco. Le largó que estaba trabajando en un gran negocio que le exigía viajar y no quería dejar a una jovencita inexperta como Lillie en una ciudad extraña. Aunque Jennie, que era tan astuta como recelosa, no hubiese adivinado la verdad no tardó en saberla por Lillie Mae, y cuando Arch volvió a recuperar a la novia, cuatro o cinco semanas después, Jennie le informó de que ya no era bien recibido en su casa.

—¡No quiere verte ni en pintura! —le gritó—. ¡Ni se te ocurra poner un pie en el jardín!

Sólo después de hacerle pasar la noche en el hotel Purafore se calmó y le dejó estar con su mujer en el desvencijado dormitorio de la parte de atrás. Mortificada por la abrupta conclusión de su luna de miel, Lillie Mae se sintió aún más compungida cuando Arch terminó de descararse. Una de las razones por las que se había casado con él era para perder de vista a sus quisquillosos y entrometidos primos. Y, allí la tenían, casada y sin dejar de vivir con ellos, como si el matrimonio no se hubiera celebrado para nada. A él le debía de parecer de lo más natural que Jennie también lo mantuviese.

Evidentemente, él no era el hombre que Lillie Mae se había sentido inducida a creer que era, y mucha gente que lo había visto ir de un lado para otro durante años, sacando pecho por las calles de la ciudad, en un LaSalle o en un Packard Phaeton cuando tenía dinero, y sableando a sus amigos cuando no lo tenía, lo sabía y gozaba en secreto con su desgracia. Todos admitían que era una joven preciosa, acaso la muchacha más atractiva que el condado de Monroe había producido en toda una generación. Lo que le reprochaban era que no se recatara de decir que compartía su buena opinión. Había plantado a un paisano estupendo por casarse con Arch y había dejado perfectamente claro que no pensaba pasar el resto de sus días en Monroeville, haciendo pasteles para el Círculo Misionero Baptista. Tenía puestos los ojos en





vastos horizontes, en Nueva Orleans, St. Louis e incluso Nueva York. La dulce pero cruel realidad era sin embargo que, con todos sus aires, allí estaba, de vuelta al pueblo casi antes de que su ramo de novia tuviera tiempo de marchitarse. El golpe a su orgullo había caído sobre ella más subrepticamente de lo que nadie se hubiese atrevido a esperar, y su desacierto fue muy comentado a lo largo de todo el otoño y el invierno.

—En Monroeville la gente pensaba que Arch era un marrullero y que fue triste aquel día en que mi hermana se casó con él —dijo su hermano Seabon—. Creía que tenían que haberse conocido mejor.

Nadie estaba tan convencido de ello como la propia Lillie Mae. Era demasiado joven y demasiado enérgica, y le sobraba moral para pasear su melancolía por la casa durante mucho tiempo. Y como Arch no podía cuidar de ella hizo planes para cuidarse ella sola. Pero en lugar de volver a la Normal eligió algo más práctico, inscribiéndose en una academia de Comercio en Selma. Y allí mientras hacía un ejercicio en clase, en el invierno de 1924, se desmayó, y supo así, de manera tan aparatosa, que estaba preñada. No fue un descubrimiento feliz, dada la aparente falta de perspectivas de su matrimonio, por lo que lo de concebir un hijo de Arch debió de sonarle a pena carcelaria, a algo que convertiría su error al casarse con él en permanente e irremediable. Porque aunque Arch había encontrado para entonces un empleo en una naviera de Nueva Orleans, Lillie Mae no estaba convencida de que se hubiera reformado, y sin decirle nada del asunto dejó sus clases y volvió de nuevo a Monroeville, decidida a abortar. No era fácil en 1924, y lo más probable es que le pidiese ayuda a Jennie. Y es casi seguro que Jennie le dijo que no, ordenándole al presunto padre que volviese a recuperar a su preñada esposa.

La decisión de Lillie Mae de abortar no cambió un ápice y entonces se lo pidió a Arch, con súplicas, zalamerías y discusiones durante toda la primavera de 1924.

—Por supuesto que me excusé quitándole hierro al asunto —explicaría él—, porque deseaba un hijo más que cualquier otra cosa en este mundo. Cuando por fin llegó el mes de junio me las arreglé para que se fuera con unos amigos míos de Colorado, donde el clima sería maravilloso para ella.





Cuando Lillie Mae regresó a Monroeville, en julio, su embarazo estaba demasiado adelantado para poder pensar en un aborto. Le gustase o no tendría el hijo de Arch.

A Arch le parecía muy bien que Jennie y sus hermanas presidiesen el nacimiento de su hijo, pero cuando a Lillie Mae le faltaba poco para salir de cuentas, Jennie la mandó a Nueva Orleans donde Arch alquiló una suite en el hotel Monteleone, junto al barrio francés, y se hizo con los servicios del Dr. E. R. King, uno de los mejores especialistas en ginecología y obstetricia de la ciudad. Finalmente, por la mañana del martes 30 de septiembre, Lillie Mae empezó a tener dolores de parto. Tras llamar a su hermano Seabon, Arch la metió en un taxi y la llevó al Hospital Touro. Mientras el padre y el tío se paseaban juntos por el pasillo, el niño (el hijo que Arch tanto deseaba) nació hacia las tres de aquella tarde. Arch le puso el nombre de Truman, en recuerdo de Truman Moore, un viejo amigo de la escuela militar, y Streckfus, en recuerdo de la familia de Nueva Orleans que le había dado trabajo: Truman Streckfus Persons.



2



Al principio, pese a todo, Lillie Mae dejó a un lado sus anteriores recelos y se comportó como cualquier otra madre primeriza, tratando, de una manera casi cómica, de enseñarle a Truman a hablar y reconocer las cosas que le rodeaban antes incluso de que pudiese levantar la cabeza de la almohada. Arch la sorprendió sacándole gran partido a su nuevo empleo, que consistía en reclutar clubes y parroquias para excursiones en barco con la flota del Mississippi de la Streckfus Company. Durante el otoño y el invierno trabajaba por los alrededores de Nueva Orleans; en primavera y verano, por los alrededores de St. Louis.

Pocos hay tan aptos para un empleo como lo era Arch en el suyo, y probablemente nadie, desde Mark Twain, ha hecho que un crucero por el Mississippi fuera tan apasionante. Con cada grupo soltaba el discurso apropiado que lo atraía a bordo. «Si estuviérais en venta,

